

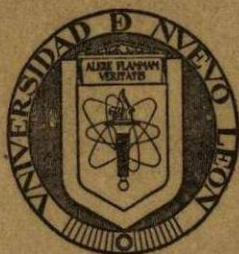
HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla de San Juan
Biblioteca Universitaria*

11



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1970

DOBLE RETRATO VIVO DE DON ALFONSO EL BUENO

(Excursión en el Arte de la Memoria
en Alfonso Reyes)

JAMES WILLIS ROBB
The George Washington University
Washington, D. C., USA

I

BAJO ESTE SUGERENTE TÍTULO como punto de partida y probable punto de llegada, pensamos acercarnos al retrato íntimo de Don Alfonso Reyes a través del —y en función del— retrato vivo de su padre el General Bernardo Reyes, trazado por el hijo. Al mismo tiempo tenemos en mente reexplorar un tema de estilística literaria que nos viene atrayendo desde lejos: la cuestión del secreto de la magia de Alfonso Reyes como artista del relato autobiográfico, o sea como memorialista literario.

Bajo el concepto de "Alfonso Reyes, narrador de lo vivido", hemos creído en una ocasión anterior¹ vislumbrar tres o cuatro factores que parecen confluír en los relatos autobiográficos alfonsinos para producir una impresión de casi insólita "intensidad de la experiencia directamente vivida y transmitida artísticamente" a su lector: "(1) *Lo vivido*, evocado a través de (2) la *lejanía* (en el tiempo y/o espacio) por (3) la *nostalgia* (emoción lírica)". Y hemos observado que con cierta frecuencia "tiende a intensificar el proceso", como un agente catalítico en una reacción química, "la actuación de (4) un estímulo mnemónico específico", de cierta intensidad sensorial o emocional: como el recibo de una carta de Julio Torri que pone en marcha la recreación mental por Reyes de los sucesos del relato *El testimonio*

¹ V. "Alfonso Reyes, narrador de lo vivido (en torno a un juicio de Amado Alonso)", *La Palabra y el Hombre*, Xalapa, Veracruz, No. 42 (abril-junio 1967), pp. 319-337, de donde se citan las palabras entrecomilladas que aquí siguen.

de Juan Peña; o el estímulo artístico-sensorial del marfil labrado en el ensayo *La caída*, o de una máscara indígena en su *Metafísica de la máscara*, que ponen en marcha series de meditaciones, de evocaciones y de reminiscencias o asociaciones mentales, así como la galletica mojada en la taza de te perfumado por Marcel Proust.

Ahora bien, deseamos recoger los hilos correspondientes a estos elementos en la evocación del General Bernardo Reyes realizada por su hijo Alfonso en su *Oración del 9 de febrero*, luego tratar de ver qué otros elementos complementarios entran a formar parte de la intensidad de ésta su más intensa reminiscencia autobiográfica.

La *Oración del 9 de febrero* reúne las cuatro características enumeradas como propicias para la máxima intensidad de la evocación del recuerdo: (1) *Lo vivido* directamente por el autor, Don Alfonso: la vida y presencia de su padre Bernardo Reyes, la convivencia desde cerca y desde lejos del hijo con el padre, y el golpe traumático de la trágica muerte del General Bernardo Reyes ocurrida en la capital mexicana delante del Palacio Nacional en la fatídica fecha del 9 de febrero de 1913, presenciada desde cerca por su hijo. (2) Esta experiencia vivida está evocada a través de la *lejanía* (tanto en el tiempo como en el espacio), pues el hijo Don Alfonso cristaliza esta recordación desde Buenos Aires en el otro hemisferio, y a una distancia en el tiempo de 17 años justos de la trágica muerte, a partir del aniversario exacto de ese suceso, 9 de febrero de 1930, prolongando su elaboración hasta el 20 de agosto de 1930, "el día en que había /el Gral. Reyes/ de cumplir sus ochenta años", como nos avisa Don Alfonso al final de su manuscrito. Para el lector de esta memoria finalmente publicada en volumen, se hubo de prolongar aún más el distanciamiento en el tiempo hasta su recepción definitiva a partir de 1963, cuando póstumamente salió publicada por la iniciativa de Doña Manuela la viuda de Don Alfonso Reyes, más de tres años después del deceso de éste (suceso cuyo décimo aniversario conmemoramos en este año de 1969)— o sea a una distancia temporal de 33 años más, y un lapso de tiempo total de 50 años de los sucesos originalmente vividos. De modo que cuando aparece publicada, abierta a los ojos del público lector, la *Oración del 9 de febrero*, aparece como publicación doblemente póstuma que ha atravesado dos vidas y dos muertes para llegar a nosotros en calidad de doble vivencia íntima, milagrosamente recreada para la eternidad por la pluma de Don Alfonso Reyes.

(3) Esta vivencia es evocada a cierta distancia en el tiempo y en el espacio por la emoción lírica de la *nostalgia*. No sólo esta emoción íntima de nostalgia por la presencia de su padre ha prestado una fuerza especialmente intensa a este recuerdo, sino que se ha reforzado aún más su intensidad en la lucha interior, subconsciente: la lucha entre la necesidad íntima de dar

expresión, dar salida, dar catarsis a esta nostalgia y a este recuerdo íntimo, y la reticencia o sentido de recato o pudor connatural en Don Alfonso Reyes que parecía decirle que más bien debía guardar para sí y no gritar al mundo la emoción íntima de la identidad espiritual que sentía con la persona de su padre, quien, habiendo muerto en quijotesco gesto de golpe de estado, había quedado para la historia de México como figura controvertible y controvertida, envuelta en las ambiguas gasas de los rencores políticos de una nación. Esta lucha oculta con la nostalgia, entre recato y necesidad de catarsis por el recuerdo de su padre, parece que siguió obsesionando a Don Alfonso a través de su vida. Así la vemos tomar la forma de una serie de salidas, ora potencialmente explosivas, ora más bien veladas y contenidas, por expresarse en forma literaria; pues para Don Alfonso la expresión literaria mediante el uso de la pluma era consustancial como su respiración diaria, como a menudo él mismo nos lo ha dicho: "Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural... ¿Qué estoy escribiendo? He aquí lo que estoy escribiendo: mis ojos y mis manos, mi conciencia y mis sentidos, mi voluntad y mi representación; y estoy procurando traducir todo mi ser inconsciente en esa sustancia dura y ajena que es el lenguaje..."²

Así la expresión literaria en Alfonso Reyes resulta como transferencia directa de una vivencia profunda. Y así esta vivencia del recuerdo de su padre tenía que encontrar su salida por la pluma, pero al mismo tiempo sin traicionar el recato innato en Don Alfonso: su deseo de guardar para sí la emoción *más íntima* y de distanciarse de los odios, resentimientos y rencores políticos dirigidos hacia su padre. La primera salida viene en forma totalmente disfrazada, disfrazada en el mito helénico de *Ifigenia cruel*, y aún así elaborado a diez años de distancia en el tiempo (1923) del suceso traumático de la muerte de su padre (y publicado en Madrid en 1924). Aquí alcanza a través del mito, a través del símbolo —sin mencionar siquiera el nombre de su padre, sin aludir a él ni a su patria mexicana— la catarsis literaria del trauma de la pérdida de su padre, la tragedia de su padre como héroe incomprendido y su propio alejamiento de la querida patria relacionado íntimamente con este trauma producido por la tragedia de su padre. Seis años después, desde Buenos Aires, Don Alfonso en otro 9 de febrero recuerda el 9 de febrero del suceso trágico de 1913, toma pluma en ristre y consagra al papel en forma más directa su emocionante recordación más íntima: pero se lo guarda para sí, se guarda sus cuartillas sin publicarlas, hasta que después de su propia muerte, 33 años después, las publica por él su querida viuda Doña Manuela. Luego, en Río de Janeiro, en 1932, elabora

² A. Reyes, "Fragmentos del arte poética", *Ancorajes*, México: Tezontle, 1951, pp. 19-20.

un poemita de recordación del día fatídico, *9 de febrero de 1913* titula el poema, y sólo lo publica en libro 14 años después, en *La vega y el soto*, México, 1946. En este poema revela algo de esta íntima interiorización de la presencia de su padre, "Y si seguí viviendo desde entonces /es porque en mí te llevo, en mí te salvo". (OC X, p. 147) —percepción que encontraremos ampliada en la *Oración del 9 de febrero* póstumamente publicada—. Siguen tres poemas sucesivamente distanciados en el tiempo que evocan la presencia de su padre Bernardo Reyes: *Los caballos*, escrito en Río de Janeiro en 1934, sólo publicado en las *Obras completas*, Tomo X, de 1959, alude a Don Bernardo entre sus recuerdos de niñez. *Villa de Unión*, publicado en México en 1940, recuerda la gallarda presencia de su padre en un temprano triunfo militar. Finalmente, *De mi padre*, soneto de la primera y segunda versiones de *Homero en Cuernavaca*, publicado en México en 1948 y 1951 respectivamente, en donde surge la visión del prócer Bernardo Reyes entre las lecturas homéricas del hijo. Aquí, Don Alfonso en su epistolario con María Rosa Lida (hablando de este mismo soneto en su primera y segunda versiones) hace la siguiente observación que precisamente expresa su sentido de recato frente a las emociones personales, específicamente las que se refieren al cariño familiar y al amor patriótico:

*Notaría usted que en general paso una esponja dondequiera que el tono se me había vuelto algo declamatorio. Observe usted la transformación del soneto a mi padre. Pues a los padres y a la patria hay que amarlos, pero no hay que contarlo a todas horas como lo hacemos los patriotas mexicanos, que abusamos del sentimiento nacional hasta para anunciar una purga por la radio.*³

Y al ponerse Don Alfonso a elaborar en prosa sus memorias formales, los dos únicos tomos que logran publicarse: *Parentalia* de 1954 y 1959, y *Albores* (terminado en 1959, publicado póstumamente en 1960), respiran con la presencia de Bernardo Reyes que domina en la evocación de sus orígenes familiares y su infancia. Pero sólo en el poemita *9 de febrero de 1913* (publicado en 1946) y sobre todo en la emocionante memoria en prosa *Oración del 9 de febrero* (que Don Alfonso guardó escondido hasta después de su propio deceso) se enfoca en la llaga sensible del trágico fin de Don Bernardo.

(4) Ahora, volviendo a nuestro esquema literario original, en la *Oración*

³ V. "Grata compañía: una sabrosa charla erudita de María Rosa con Don Alfonso", *Humánitas*, Monterrey, IX (1968), pp. 237-238.

La edición citada de la *Oración del 9 de febrero* de Alfonso Reyes de México: Ediciones Era, 1963.

del 9 de febrero también desempeña su papel de agente catalítico para desencadenar en forma aún intensificada la reacción química casi explosiva, el factor del estímulo mnemónico específico, de cierto carácter sensorial o emocional. Sólo que aquí es una especie de estímulo o forma de obsesión casi constante, pero que se renueva y es soltado definitivamente por el estímulo mnemónico visual y cronoconceptual del calendario, o de la fecha que marca el aniversario del día fatídico del 9 de febrero de 1913, prolongado hasta la fecha del 80 aniversario del nacimiento de Bernardo Reyes. (Incidentalmente, observamos en 1969 el 80 aniversario del nacimiento de Don Alfonso).

En el caso del soneto *De mi padre*, sirve de tal estímulo mnemónico la relectura de Homero, donde encuentra el recuerdo de su padre en los héroes Aquiles y Odiseo:

*Navegando la Iliada, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera* (OC X, p. 418).

Y, en el mismo poema, vemos cómo la frecuentación intelectual por Don Alfonso de los espíritus de otros héroes del pasado histórico y legendario a menudo le sirve así de estímulo asociativo para que reviva en su memoria la presencia de Don Bernardo; pues, así dice:

*De Alejandro y de César y de otros capitanes ilustres por las armas y,
a veces, la prudencia, yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.*

*Un tiempo al Mio Cid consagré mis afanes para volcar en prosa sus
versos y su esencia: la sombra de mi padre, rondadora presencia, era
Rodrigo en bulto, palabras y ademanos* (loc. cit.).

II

Así la configuración típica de elementos que suelen confluír para desencadenar en Don Alfonso la recreación de una vivencia por la memoria. Pero también en su *Parentalia: primer libro de recuerdos* descubrimos unas claves adicionales a la intensidad con que funciona la memoria en esta mente lúcida:

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero

¿y el torrente de la memoria? Quien se deja impregnar por sus aguas paradisíacas parece bañarse en sí mismo y sale siempre recuperado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un pozo de recordaciones (Parentalia, México: Tezontle, 1959, p. 66).

Es decir, que la memoria, como el impulso lírico en el poeta Alfonso Reyes, es también un fluencia continua que fluye como un río caudaloso, un chorro como de aguas medicinales, bálsamo purificador y terapéutico, en que es cuestión de bañar el espíritu para refrescarlo y renovarlo. La memoria sirve a la vez para recrear realidades subjetivas y para curar, restaurar, purificar, acercar el alma al paraíso que es vida nueva. Y la vida nueva se nutre de recordaciones de la vida pasada, que son verdaderas recreaciones. Esta interpretación nos parece también afín a la doctrina expresada por Don Alfonso en su *Visión de Anáhuac*, cuando evoca el escenario geográfico del valle mexicano en su dimensión histórica, comentando:

Convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz (OC II, p. 34).

O sea, que la vida presente vive, se enriquece y se nutre de la vida pasada; la memoria sirve para tender el puente, abrir los vasos comunicantes entre pasado y presente: sirve para ir viviendo y reviviendo, renovando.

También en las ya citadas páginas de *Parentalia*, Don Alfonso opina: "A veces recordar es amargo, pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija". Llama la atención a las terapéuticas oníricas, inclusive la técnica freudiana, y pasa a darnos estas indicaciones de cómo funcionaba la palabra en el trato entre el padre Don Bernardo Reyes y su hijo Alfonso para abrir con mil estímulos las puertas de la memoria, creando y recreando existencialmente la presencia humana viva:

Hablando, hablando, mi padre vivía a ser quien era. Brotaba de él aquel magnetismo que todos sintieron en su presencia... Y así, las sencillas charlas de la siesta cumplían el doble prodigio de devolverme ileso a mi padre, y de poblar mi imaginación con perdurables estímulos. Todavía recurro a ellos, y cada vez me aficiono más a abrir el viejo arcón prestigioso, aromatizado de años. Allí, si vale decirlo, siento que me embriago de lucidez (ibid., pp. 67-68).

Así Don Alfonso nos cuenta cómo por la palabra su padre renovaba y recreaba su presencia viva ante él y creaba para el hijo una fuente o repo-

sitorio de recuerdos para el futuro, que la memoria futura resucitaría para recrear de nuevo y eternamente la presencia del padre. También nos muestra cómo funcionaba en el padre el proceso del recordar a través del platicar, y cómo visualiza el hijo Don Alfonso la memoria en términos de imaginaria fotográfica:

Mi padre charlaba, a la siesta... Poco a poco, la mente parece adoptar otro clima, la sensibilidad se aguza o embota...; un tenue sonambulismo ilumina nuevas avenidas del paisaje interior: la fotografía al infrarrojo deja ver otros relieves ocultos que el rayo solar no nos entrega. Mi padre empezó a recordar... (Ibid., p. 71).

Y un poco más adelante, al evocar una nueva escena Don Alfonso, se sirve de otra imagen fotográfica que nos invita a acompañarlo en sus memorias con cierta visión entre calidoscópica y cinemática: "El cuadro disolvente se esfuma y deja lugar a otra imagen..." (Ibid., p. 72).

¿Diremos simplemente que Don Alfonso tiene una memoria fotográfica? Sí, pero eso y mucho más. Su siempre aguda perceptividad visual se complementa, ya lo hemos visto, con otros modos de percepción sensorial y otros modos en que funciona en él la magia de la recordación.

Adentrándonos en el texto de la *Oración del 9 de febrero*, descubrimos que el dinamismo de la evocación y recreación de la vivencia "Bernardo Reyes" por su hijo Don Alfonso proviene y depende de los cuatro elementos catalizadores antes enumerados, y, además, de un quinto elemento estilístico que es el de una serie de polaridades vitales que entran en juego de contraste y vaivén y fusión paradójica, en tensión y resolución final una con otra para en cierto modo explicar intuitivamente la personalidad de Don Bernardo, comunicando la magia de su vivencia dentro del alma de Don Alfonso.

En la Primera de las seis Secciones numeradas, ocupando 9 páginas de las 22 totales del texto, aparece un racimo de estas polaridades, dominadas por la polaridad capital de *presencia y ausencia*, acompañada de sus conceptos polares laterales íntimamente relacionados: *cercanía y lejanía, presente y pasado, vida y muerte, familia y nación, flaqueza y fuerzas* (o *sacrificio y superación*). La polaridad central de *presencia y ausencia*, con sus concomitantes de *cercanía y lejanía* y *pasado y presente*, es la que precisamente más nos ayuda a intuir el secreto de la revitalización de la realidad por la memoria o por la imaginación:

Hace 17 años murió mi padre |—empieza Don Alfonso—.| Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de

Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente...

Hacia varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia... Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. El vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. El me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. El era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores... sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los Cantos de vida y esperanza, de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza mental —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocar lo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca...

—Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos... (pp. 1-3.

La polaridad *presencia-ausencia* sirve de marco global que abarca toda esta primera sección, planteándose desde la primera y segunda frases del párrafo inicial: "Su presencia real no es lo que más echo de menos...", cuya reiteración inicia el vuelo final de la misma sección: "No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí...", con varios vaivenes intermedios de las dos caras de la polaridad, y de su variante de cercanía y lejanía.

Ya en el primer pasaje extenso que acabamos de citar, se presentan dos alternancias de la oposición fundamental: "su *presencia real*" / "largas au-

sencias", "el calor de su *presencia*" / "la ausencia de mi padre". Pero no sólo eso, sino que también desde el primer planteamiento:

Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente...

nos damos cuenta de una paradoja fundamental dentro de la misma idea de *presencia*, o sea de una oposición polar secundaria entre *presencia real* y una implícita *presencia imaginaria o imaginada*, es decir *presencia física* versus *presencia subjetiva*. ¿Cuál, a la larga, es la presencia más verdadera?: ¿Cuál es más verdadero, el cuerpo o el espíritu? Así como el cuerpo parece necesario al individuo para la existencia de su espíritu, al menos en el plano de esta vida terrestre que mejor conocemos; así la llamada *presencia real* o *presencia física* ha sido necesaria como punto de partida para que exista la presencia interiorizada por el espíritu o la imaginación: el espíritu ha creado esta presencia subjetiva y la podrá recrear, resucitar, conservar y prolongar a través del tiempo y hasta más allá de la muerte física. Entre las dos presencias, ¿cuál es más verdadera? ¿cuál es más duradera?

La paradoja de la *presencia en la ausencia*, o sea de la *presencia inmediata y aparente* que resulta efímera, versus la "*presencia ausente*" que será más duradera, la encontramos y volvemos a encontrar como imagen en la estética de Alfonso Reyes, quien ahí reconoce una afinidad con su predilecto poeta simbolista francés, cuando dice en su elogio ensayístico a la flor, titulado *Por mayo era, por mayo...*:

Ya sabe la flor lo que la espera. Los poetas se lo han revelado mil veces. Pero hay una flor perdurable, y es la de las artes o las letras, la que se nombra o la que se figura, la ausente de todo ramillete, que decía el maestro Mallarmé. Cuando todas estas maravillas naturales se hayan marchitado, todavía seguirán luciendo, con intacta virtud, esos cuadros y aquellos poemas en que el hombre se ha apoderado de las primaveras del mundo. (Ancorajes, México: Tezontle, 1951).

Volviendo a nuestro pasaje inicial, vemos cómo se afirma ya la paradoja de *presencia y ausencia* unidas, y va inclinándose el péndulo sucesivamente entre los dos polos de la paradoja en sus diferentes facetas: *presencia y ausencia, lejanía y cercanía geográficas* (Monterrey y México), *presencia real y presencia imaginada o recreada*. Luego, *lejanía y cercanía en el tiempo*:

Hacia varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas

temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia.

Es decir, de lejanía a cercanía en el tiempo; luego, a cercanía y lejanía en el espacio; de ausencia a presencia y de privación a plenitud, por la fuerza magnética de una personalidad humana cuya breve presencia o vecindad física es suficiente para irradiarse de la cercanía a la lejanía, proyectándose por el recuerdo desde la presencia a la futura ausencia, en donde la memoria creará una nueva intensa presencia perdurable. Sigue Don Alfonso:

Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. El vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. El me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. El era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores... sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

—Aquí, dentro del vaivén entre lejanía y cercanía geográficas (“Monterrey, ciudad de provincia” / “México, la capital”), se encadena y se entrelaza una serie de otras polaridades y oposiciones interesantes: Monterrey y México, provincia y capital; “El y yo”: el viejo y el joven, el padre y el hijo, el soldado gobernador frente al joven literato incipiente. —Todo eso constituye una misma polaridad entre las dos presencias del padre y del hijo, que podríamos titular *Simpatías y Diferencias de padre e hijo*, o más bien, invirtiendo el título alfonsino *Simpatías y diferencias*, lo diremos “diferencias y simpatías”, pues vemos escalonarse una serie de diferencias, a pesar de las cuales existe la fundamental simpatía e identidad entre padre e hijo que trasciende, supera y disuelve todas las diferencias:

Padre e hijo estaban separados por la distancia geográfica: “El... en Monterrey,... Yo... en México”. Luego, la diferencia de edad: “El me llevaba más de cuarenta años”, y pertenecía a otra generación cultural. Luego, diferencia de vocación primaria: “El era soldado y gobernante. Yo iba para literato”. —Pero ya viene una sugerencia de la casi doble vocación del padre Bernardo Reyes, la cervantina o quijotesca dualidad de *Armas y Le-*

tras que va a constituir otra polaridad clave para entender la personalidad de Don Bernardo y la honda identidad entre padre e hijo. Pues, a pesar de todas esas diferencias, “Nada de eso obstaba”, dice Don Alfonso. Una nueva serie de oposiciones paradójicas lleva simplemente a la médula de esta armonía: los hermanos de Alfonso en México, mayores que él pero jóvenes frente al padre, eran menos receptivos a las novedades literarias que él, el viejo; los hijos, jóvenes, radicados en la capital, más cosmopolita, versus el padre más viejo, radicado en la provincia alejada de las corrientes cosmopolitas. En contraste con el hijo menor, Alfonso, que siente mayor empatía con el padre viejo, el padre que pertenecía a la rezagada generación romántica pero se sentía atraído con el hijo Alfonso a la poesía renovadora de Rubén Darío el modernista. En torno a Rubén Darío, entonces; en torno a este común entusiasmo literario, gravita esta identidad de espíritu entre el hombre de armas aficionado a las letras (Don Bernardo) y el hijo hombre de letras total que un día será diplomático.

En el párrafo final del extenso pasaje antes citado, se reafirma y se redondea la paradoja de la *presencia* a través de la *ausencia*:

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre... y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme.

—una presencia confortante y consoladora, creada en el recuerdo y por el recuerdo, independiente ya de la presencia física y capaz de trascender las barreras de la muerte:

Después —desde que mi padre murió— me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca.

Y así venimos a dar en la paradoja de la *vida* y la *muerte*, es decir que la muerte añade una dimensión a la vida completándola, a la vez que el calor de una presencia humana radiante en vida, en cierto modo, por la acción catalizadora del recuerdo, ha podido vencer la muerte.

Pasa Don Alfonso a contar una anécdota íntima, de cómo una vez, llegando a Monterrey a estar con sus familiares se dio cuenta de que esa recreación de la presencia confortante de su padre por el recuerdo desde lejos se había convertido en mecanismo, en un mecanismo tan eficaz, que aún estando de nuevo cerca de él en un momento de indefinible tristeza, dice Don Alfonso, “Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio”. Y, por un momento, esto le produce desconcierto:

me produjo tal desconcierto, /dice/ tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abusar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca...

—Hemos llegado con Don Alfonso a una nueva paradoja relacionada con el concepto de *distancia* física y psicológica. Por la acción de la memoria y la imaginación, la *lejanía geográfica* se ha convertido en *cercanía psicológica* que ha desplazado la cercanía física.

Ahora viene Alfonso a poner el dedo en la llaga viva, comunicándonos la sensación exacta que le causó la muerte física de su padre Don Bernardo:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación...

A pesar de haber aceptado Alfonso la idea de la lejanía y hasta la ausencia física de su padre, superada por su presencia espiritualizada, la muerte física de Don Bernardo, por su carácter explosivo de violencia —de violencia a la carne y de ofensa o ultraje al espíritu, reto a las leyes naturales e interferencia, como dice, con las intenciones de la creación—: por todo esto, esta muerte le hubo de caer como el choque más doliente, más atroz de su vida. Y al mismo tiempo vemos en la muerte de su padre una dimensión de universalidad cosmogónica.

Y surge la polaridad entre *familia y nación, o padre y patria*:

Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad. Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria.

De modo que el choque de la tragedia personal fue doblemente intenso por la confluencia de la tragedia personal con la de una nación en crisis que había de entregarse a una década de luchas sangrientas por falta tal vez de aquel héroe que estuviera en condiciones de dar unidad a un pueblo fragmentado. Don Bernardo resulta ser una de esas figuras trágicas de la historia que tal vez hubiera podido ser el salvador de su patria. Y aquí sentimos cómo Don Alfonso sintió con el dolor por la pérdida de su padre el dolor por los sufrimientos de su patria. Don Bernardo así se revela como un símbolo visual de la patria que se desangra.

Y pasamos a ver cómo Don Alfonso por identidad con las heridas de su padre casi llega a sentirse físicamente mutilado, y cómo esa mutilación y privación se expresa con una serie de cuatro símiles visuales intensamente vivaces:

Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos.

Sobreponiéndose poco a poco, Don Alfonso atraviesa la dualidad de la flaqueza que cede a la fuerza, del sacrificio que se vuelve superación y llega a efectualizarse el llamado “mecanismo” paradójico, casi milagroso, de la ausencia que se vuelve presencia y la lejanía que será cercanía:

Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo.

Y, en esta nueva presencia recreada después de la muerte, se plantea la polaridad de *simpatía y diferencias* entre padre e hijo, desde el ángulo más negativo, para resolverse paradójicamente en una armonía e identificación superadora:

Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia

el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una penetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero... Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas... Y... mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas —puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Habiendo llegado a la resolución de la paradójica “temerosa y tierna inquietud”, Don Alfonso insiste en que el impacto del gran golpe y su superación es tan persistente y permanente en él, que le lleva a una nueva visión de la historia en que el pasado existe siempre como presente y el hecho astronómico apunta a un nuevo concepto de eternidad:

Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

Entrando así en esta polaridad de *pasado y presente* que se resuelve en eternidad, y que es una variante de la dualidad *ausencia-presencia*, Alfonso Reyes con otra de sus imágenes ópticas de poeta nos sitúa a su padre Bernardo Reyes en la historia de México y en la eternidad del universo cosmogónico.

Sigue un pequeño interludio: Don Alfonso extiende la cadena generacional a la relación entre él y su propio hijo; y muestra cómo sublimó la herida de la pérdida de Don Bernardo dando la espalda a todo espíritu de rencor o venganza hacia los enemigos de su padre. Viene ahora la reiteración y variación final del motivo de las *dos presencias*, para cerrar y redon-

dear esta Primera Sección de la *Oración del 9 de febrero* con la síntesis definitiva del sentido de la muerte de Don Bernardo para su hijo Alfonso:

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan poco mexicanos!) No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo... Mis lágrimas son para la torre del hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura... que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio, acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

Después de estas nueve páginas de la Primera Sección tan bien redondeadas y rebosantes de ricas intuiciones y percepciones, se nos queda corto el aliento para comentar pormenorizadamente las trece páginas restantes, las cuales resumiremos más someramente para formular unas breves conclusiones generales.

En la Segunda y Tercera Secciones, Don Alfonso ahonda en la polaridad de *Armas y Letras* en la vida y obras de Bernardo Reyes, interrelacionada con la alternancia en su vida entre *guerra y paz*, entre el militar y el gobernador, y entrelazada con el concepto de su padre como un gran espíritu romántico. Y desde esta perspectiva, en la Sección Cuarta, precisa el perfil de su padre en aquel momento decisivo durante su medio destierro en París cuando al brotar la Revolución de 1910, como genuino héroe romántico se juzga el hombre de la hora y desde entonces se pone en marcha en torno suyo “una maraña de fatalidades” que culminará en aquel último gesto dramático de autoinmolación.

La Sección Quinta nos traslada calidoscópica, cinemáticamente a la escena de Don Bernardo en la prisión, penúltimo momento de su vida trágica, en la cárcel militar de Santiago Tlatelolco, cuyo ambiente sugiere el del acto final de una ópera o drama romántico, específicamente el del *Diablo*

Mundo de Espronceda, predilecto poeta romántico de Don Bernardo por quien su hijo Alfonso aprendió a apreciarlo. Aquí también se ponen en juego ciertas ambivalencias polarizadas: La vida de los prisioneros "como una llaga por donde se pudre el organismo militar". Las ansias de Don Bernardo entre delirio y juicio, entre lealtades y traiciones, entre prisión y libertad, Don Bernardo como el Cid Campeador obligado a sufrir por una afrenta a su yerno y su hija. Encuentro imaginario y posible entre Bernardo Reyes y Pancho Villa: el caballero y el cabecilla, o Don Quijote y Roque Guinart el simpático bandido.

En la Sexta y última Sección, toma un giro nuevo la polaridad *Armas y Letras*, convirtiéndose en *palabra y acción, poesía y vida*. Don Bernardo, impulsado por una recitación pedida a su hijo, hace una identificación quijotesca con el sentido literal de las palabras recitadas, y observa Don Alfonso:

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, . . . Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño . . . Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

De *poesía y vida* hemos pasado a *sueño y realidad*, que se identifican como claves a la persona del generoso idealista romántico. Al mismo tiempo, se vislumbra la sobrevivencia de esta característica en el hijo escritor Don Alfonso Reyes: ¿no habrá aquí alguna implícita explicación del estrecho enlace que existe entre *poesía y vida* en los ensayos y memorias de Alfonso Reyes?

Finalmente Don Alfonso precisa el enfoque de su retrato de Bernardo Reyes fundiendo estereoscópicamente la visión de Apolo y Júpiter, *poesía y acción*, para encontrar la figura de Don Bernardo, Caballero Andante:

Aire entre apolíneo y jupiterino . . . Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción, en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería . . .

Y al enfocar su cámara en el último instante del drama de la vida de Don Bernardo, Don Alfonso exclama:

¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día . . .

—y concluye:

En una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Así, al puntualizar este último instante de la imagen viva de su padre, Don Alfonso Reyes nos ofrece una clave esencial para entender el drama de su propia vida y persona. A través del retrato de Bernardo Reyes, hemos llegado a ahondar como nunca antes en la imagen y autorretrato vivo de su hijo Alfonso. Es en esta memoria, que Don Alfonso se guardó para sí por unos treinta años, en que alcanzó la más plena catarsis del trauma que le causó la muerte de su padre, y aquí vemos cómo aquella fatídica fecha de 9 de febrero de 1913 dio su sentido hondo a la vida de Alfonso Reyes: "Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero".

Ahora, a resumir nuestras conclusiones respecto al secreto del arte de Alfonso Reyes como memorialista literario: Nuestra exploración de la *Oración del 9 de febrero* nos lleva a reafirmar ciertos principios, ampliando y reenfozándolos:

Sobre todo, vemos el secreto cardinal del Alfonso Reyes memorialista en su propia intuición del sentido de la memoria y cómo funciona para tender puentes entre realidades e imaginación, haciendo revivir el pasado en el presente. Ciertos factores esenciales en la máxima comunicación de la memoria los vemos reorganizarse en términos de polaridades vitales: Lo vivido intensamente por Alfonso Reyes se filtra por las polaridades de *vida y poesía, lejanía y cercanía (ausencia-presencia, pasado-presente)*, catalizadas por la *nostalgia* y el estímulo sensorial de la memoria que lo proyecta prismáticamente para recrear la *vida* por la *palabra*.